

MIGUEL  
HERNÁNDEZ  
PASTOR DE SUEÑOS

Para la explotación en el aula de *Miguel Hernández, pastor de sueños*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya, y en [www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

© Del texto: José Luis Ferris, 2010  
© De las ilustraciones: Max Hierro, 2010  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2010  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Primera edición, febrero 2010

ISBN: 978-84-667-9254-7  
Depósito legal: M. 3571/2010  
Impreso en Gráficas Muriel, S.A.  
C/ Investigación, 9  
28906 Getafe (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# MIGUEL HERNÁNDEZ

## PASTOR DE SUEÑOS

JOSÉ LUIS FERRIS  
ILUSTRACIONES DE MAX HIERRO



## *Índice*

El niño cabrero .....	9
El caballo oscuro .....	24
Mi voz en un espejo .....	34
Miguel y el ruiseñor .....	48

*Para Sergi Esteve,  
desde sus cinco años.*

## *El niño cabrero*

**L**os poetas no son tristes. Nunca lo fueron. Tampoco lo son las mariposas que llenan el aire de colores. ¿Acaso son tristes las nubes que cruzan el cielo con sus formas de algodón?

Si lo piensas bien, ni los poetas, que viven decenas de años, ni las mariposas, cuya vida se reduce a un solo día, ni las nubes que pasan y mueren en apenas minutos, tienen nada de triste. Nadie lo es.

Basta con conocerlos un poco, con acercarnos a ellos, para descubrir la sonrisa que esconden, la alegría que se oculta detrás de la nostalgia o de la soledad.



Hace algunos años me hablaron de un poeta muy triste que murió joven y enfermo dentro de una prisión. Enseguida pensé en sus versos y los imaginé oscuros y llenos de palabras desventuradas y mustias.

Sin embargo, cuando mi maestro de entonces nos leyó algunos de sus poemas en mitad de una mañana brillante de sol, sentí que el corazón se me llenaba repentinamente de mariposas:

*En cuclillas, ordeño  
una cabrita y un sueño...*

*¡Oh, qué carcajadas  
tan disparatadas  
las de las granadas!*

El poeta del que os hablo se llamaba Miguel Hernández y era de Orihuela, un pueblo ancho y soleado que se encuentra al sur de Alicante, muy cerca de Murcia, y a pocos kilómetros del mar.



Nació en el otoño de 1910 y tuvo una familia bastante corriente para la época: un padre serio y mandón, una madre buena y callada, un hermano mayor, Vicente, y dos hermanitas con las que siempre se llevó bien: Elvira y Encarnación.

Su primera casa, la de la calle de San Juan, era pequeña y estrecha. Por eso, cuando Miguel cumplió cuatro años, se trasladaron a otra más espaciosa y aireada que fue como un paraíso para el pequeño. Estaba adosada a la sierra por la parte trasera y en ella cabían padres e hijos y hasta un rebaño de cabras que ocupaba el corral.

No eran pobres pero tampoco les sobraba nada para vivir. Don Miguel, el padre, se dedicaba al ganado y era muy conocido en la comarca por sus negocios de compra y venta de animales.



Apenas tenía tres años y el pequeño poeta ya destacaba por su gran curiosidad. Era como un detective de la vida y de la naturaleza. Le gustaba observarlo todo y encontrar explicación a las cosas y a los acontecimientos que surgían a su alrededor. No se perdía detalle de cuanto veía y de cuanto escuchaba:

—¿Qué es aquello que brilla entre las hojas, padre?

—¡La luna, qué otra cosa iba a ser!

—¿Y esa voz que se escucha más allá de los árboles, madre?

—El viento que silba entre las ramas.

—¿Y esa risa que carcajea y carcajea bajo los arcos del puente?

—El río, Miguel, el río que corre raudo hacia el mar...

—¿Qué es aquello que vuela...?

—¡Demonio de niño! —interrumpía enojado el padre—.

¿Es que no te cansas de preguntar y preguntar?



Pero Miguel no se cansaba nunca. Quizá por esa misma razón, y porque era vivo y despierto como un pájaro, sus padres lo llevaron a un pequeño colegio situado en su misma calle, la escuela Nuestra Señora de Monserrate, con el fin de que don José Pallús Rodríguez, el maestro, apaciguara sus ganas de aprender.

Sin embargo, aunque aquel hombre llenó la fantasía del niño de números, letras y caligrafías, nuestro poeta había encontrado en la naturaleza el libro más divertido y fascinante de cuantos podía imaginar.

Se levantaba cada amanecer con el canto del gallo. Ya fuera verano o invierno, Miguel salía al patio y se zambullía en un cubo de agua fresca. Era su costumbre, y ni siquiera su amigo Meno, con quien jugaba muchas tardes, salía de su asombro al verlo desnudo junto al pozo en pleno diciembre:

—¡Vamos, Meno, coge el cubo y échame agua!

Y Meno obedecía con timidez, temblando de frío solo de pensarlo, sin desprenderse siquiera de la bufanda y del abrigo.

